



Obispo de Ebibeyin

Administrador apostólico de Bata
Rep. De Guinea Ecuatorial

CARTA PASTORAL DEL 8 DE MARZO DE 2025

“MUJER GUINEANA, LEVÁNTATE Y BRILLA”

A todas las mujeres de las Diócesis de Ebibeyin y Bata,

Queridas hermanas en Cristo,

Con alegría y gratitud, me dirijo a cada una de vosotras en este **Día Internacional de la Mujer**, elevando una oración por vuestras vidas, vuestra misión y vuestra dignidad, reflejo del amor con que Dios os ha creado. Que la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo colmen vuestros corazones, y que la Virgen María, modelo de fe y fortaleza, os acompañe siempre en vuestro caminar.

En este Año Jubilar 2025, en el que la Iglesia nos llama a la conversión y a la renovación de nuestra fe, deseo dirigirme a vosotras con el corazón de un pastor que os ama y os valora como un don precioso de Dios para la familia, la Iglesia y la sociedad. Mi mensaje para vosotras en este día Internacional de la Mujer es, al propio tiempo, una felicitación y una invitación a la reflexión sobre vuestro papel fundamental en nuestras familias, nuestra sociedad y nuestra Iglesia.

San Juan Pablo II, en su carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, nos recuerda que la mujer ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, con una vocación única de amor y servicio.

A lo largo de la historia, y especialmente en nuestras culturas africanas, la mujer ha sido la columna del hogar, transmisora de la fe y pilar del desarrollo social. Sin embargo, en la actualidad nos enfrentamos a desafíos que amenazan esta misión. La creciente influencia de ideologías ajenas a nuestros valores, junto con una preocupante degradación moral, están generando una crisis de identidad que pone en peligro la vocación femenina y su contribución a la construcción de una sociedad más justa y fiel a la fe cristiana.

Precisamente por eso, yo, como Pastor de la Iglesia, siento la necesidad de reafirmar vuestra dignidad e identidad como hijas de Dios y exhortaros a un compromiso cristiano en la familia, en la Iglesia y en la sociedad.

1. La dignidad de la mujer según el diseño de Dios

Desde la creación, Dios ha dotado a la mujer de una belleza única, no solo física, sino también espiritual y moral. La Sagrada Escritura nos revela que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios: “Dios creó al ser humano a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Gén 1,27). Esta verdad fundamental nos recuerda que la igualdad en dignidad entre el hombre y la mujer es un don divino y no una mera construcción social.

A lo largo de la historia de la salvación, Dios ha elevado la dignidad de la mujer de manera constante. En el Antiguo Testamento, vemos ejemplos como Sara, Rebeca y Raquel, matriarcas que desempeñaron un papel clave en la historia del pueblo de Israel. También aparecen mujeres valientes como Débora, que fue jueza en Israel (Jue 4-5), Rut, que simboliza la fidelidad y la confianza en Dios, y Ester, que con su sabiduría salvó a su pueblo.

En el Nuevo Testamento, la figura de María, la Madre de Dios, alcanza el culmen de la dignidad femenina. En ella, Dios muestra el valor sublime de la mujer, al escogerla para ser la Madre del Redentor. María es modelo de entrega, fe y amor, cualidades que reflejan la grandeza del genio femenino.

Además, Jesús dignificó a la mujer de manera extraordinaria en una sociedad donde su papel era secundario. Dialogó con la samaritana (Jn 4,1-42), perdonó y rehabilitó a la mujer adúltera (Jn 8,1-11), permitió que María de Betania se sentara a sus pies para escuchar su enseñanza (Lc 10,38-42) y se apareció primero a María Magdalena tras la Resurrección (Jn 20,11-18), encomendándole anunciar la Buena Nueva a los apóstoles. Estos gestos muestran cómo el Evangelio ha sido, desde su origen, una fuerza de liberación y reconocimiento de la dignidad de la mujer.

En este sentido el Magisterio de la Iglesia, en continuidad con la Revelación, ha subrayado de manera especial la vocación y dignidad de la mujer. El Concilio Vaticano II reafirmó esta verdad en la constitución *Gaudium et Spes*: "Es evidente que la mujer debe participar activamente en todas las esferas de la vida social y eclesial, según el plan de Dios y con el respeto debido a su dignidad y misión específica" (GS, 29). Por otra parte, San Juan Pablo II, en la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (1988), destacó que la mujer, en virtud de su ser creado por

Dios, posee una dignidad que no depende de los roles que desempeñe en la sociedad, sino de su identidad profunda como hija de Dios y colaboradora en su obra creadora y redentora.

Por consiguiente, la Iglesia sigue llamando a las mujeres a redescubrir su identidad como hijas de Dios, con una vocación única de amor y servicio, ya sea en el matrimonio, en la vida consagrada o en la vida laical. Además, conviene tener en cuenta que la dignidad femenina no radica en la imitación de modelos masculinos, sino en la vivencia auténtica de la propia feminidad según el plan divino.

2. La trayectoria heroica de la mujer en la sociedad ecuatoguineana

A lo largo de la historia de la sociedad ecuatoguineana, las mujeres han desempeñado roles fundamentales en diversos ámbitos, contribuyendo significativamente al desarrollo y sostenimiento de la sociedad. La participación de las mujeres ha sido esencial en áreas como el comercio, la educación, la medicina y el liderazgo comunitario y religioso.

En el ámbito comercial, las mujeres ecuatoguineanas han sido pilares en la economía informal, especialmente en el comercio local. Han gestionado mercados y la distribución de bienes, asegurando el sustento de sus familias y comunidades. En muchas familias nuestras, se ha destacado el dinamismo de las mujeres que con su vitalidad en actividades económicas han sostenido y sostienen la subsistencia del grupo y la reproducción social.

A pesar de las limitaciones impuestas por estructuras patriarcales, varias mujeres ecuatoguineanas han sobresalido en el ámbito educativo. A la **Sra. Trinidad Morgades Besari**, por ejemplo, se la considera como una de las primeras mujeres del país en obtener un título universitario (*en 1958, se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona*), convirtiéndose en una destacada académica y diplomática. Su labor en la enseñanza y promoción de la cultura ha dejado una huella indeleble en la historia educativa de Guinea Ecuatorial. Y no es la única, ya que se podrían citar otros ejemplos que nos han dejado un legado de compromiso en el ámbito educativo formal e informal.

Las mujeres han desempeñado roles esenciales como sanadoras tradicionales, utilizando conocimientos ancestrales en medicina herbal y prácticas curativas. Estas mujeres han sido fundamentales en la atención de la salud dentro de sus comunidades, ofreciendo cuidados y tratamientos basados en la sabiduría tradicional.

Dentro de la estructura eclesial de Guinea Ecuatorial, las mujeres han desempeñado también un papel fundamental en la evangelización y la transmisión de la fe, a pesar de que el liderazgo eclesial estaba habitualmente en manos de hombres. A principios del siglo pasado, cuando la labor misionera y la vida religiosa eran dirigidas casi exclusivamente por misioneros extranjeros, la **Madre Imelda Makole** emergió como una figura pionera en la promoción de la participación activa de las mujeres guineanas en la vida consagrada, abriendo camino para su integración y liderazgo en la misión de la Iglesia. Su trabajo dio origen a las **Misioneras de María Inmaculada** en el año 1909, una Congregación autóctona que sigue desempeñando un papel clave en la educación y promoción de la vida en Guinea Ecuatorial. Y también, hemos conocido un número considerable de otras mujeres que han desempeñado y siguen desempeñando la función de catequistas, es decir, guías en la fe en muchas de nuestras comunidades cristianas en zonas rurales.

Es importante reconocer que, a pesar de estas contribuciones significativas, las mujeres ecuatoguineanas han enfrentado desafíos derivados de estereotipos de género y estructuras patriarcales que han intentado limitar su participación plena en la sociedad. Sin embargo, las mujeres ecuatoguineanas han demostrado resiliencia y capacidad para adaptarse y liderar en diversos sectores, contribuyendo de manera invaluable al desarrollo y sostenimiento de nuestra sociedad.

3. La degradación moral de la mujer en nuestro contexto social hoy

A pesar de todo lo que reconocemos de positivo en la mujer en nuestra sociedad de ayer y de hoy, es innegable que en nuestra sociedad ecuatoguineana se ha producido una alarmante degradación moral que atenta contra la dignidad de la mujer. Lamentablemente, los valores tradicionales, que durante siglos han protegido y exaltado la feminidad, están siendo desplazados por comportamientos y modelos ajenos a nuestra identidad cristiana y cultural.

Algunas de las manifestaciones más preocupantes de esta crisis moral son:

- La prostitución encubierta y la “cultura del dinero fácil”, que lleva a muchas jóvenes a vender su dignidad a cambio de bienes materiales, influenciadas por una sociedad consumista que promueve el materialismo desenfrenado y la apariencia.
- El abuso del alcohol y las drogas en mujeres jóvenes, convirtiéndose en un peligro para ellas mismas y para la sociedad, al afectar su capacidad de discernimiento y su dignidad.

- La hipersexualización de la mujer en los medios de comunicación y redes sociales, donde exhiben su cuerpo, convirtiéndose en objeto de entretenimiento y mercancía del negocio pornográfico.
- La infidelidad conyugal y la destrucción de la familia, impulsadas por una mentalidad que relativiza el compromiso y la fidelidad, debilitando así la base familiar, el sostén social y eclesial.
- La llamada “cultura de la muerte” que se manifiesta en el menosprecio de la maternidad y la normalización del aborto, presentándose engañosamente como un símbolo de “empoderamiento”. Sin embargo, lejos de ser una verdadera liberación, estas prácticas privan a la mujer de uno de sus dones más sublimes: su capacidad única de dar vida.
- La violencia verbal y física en el hogar y en las relaciones, donde muchas mujeres, en lugar de reflejar la belleza de la ternura y el amor, adoptan actitudes agresivas y destructivas, contribuyendo a la ruptura familiar.
- La influencia de “Movimientos feministas extremistas”, que presentan al hombre como enemigo de la mujer y a la maternidad como una carga indeseable, alejando a la mujer de su vocación natural de complemento y colaboración con el hombre.

Estas realidades exigen que hagamos una seria reflexión y pasemos urgentemente a la acción. A decir verdad, la mujer ecuatoguineana no debería seguir perdiendo su identidad y su grandeza. Es momento de un despertar moral y espiritual.

El 8 de marzo es una ocasión especial que en nuestras comunidades cristianas se está viviendo con momentos de oración, reconociendo y agradeciendo el don de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. Las manifestaciones externas, como los desfiles con un mensaje de sensibilización, tienen su valor al visibilizar la necesidad de respetar y promover la dignidad femenina. Sin embargo, es importante ir más allá. En lugar de enfocarse en manifestaciones superficiales, se podría organizar encuentros de reflexión en comunidades, parroquias y centros educativos donde se dialogue sobre el verdadero significado de la mujer en la sociedad y su contribución en distintos ámbitos. Charlas educativas con expertos en derechos humanos, teología, psicología y sociología ayudarían a desmitificar estereotipos y promover una visión integral de la mujer, más allá de la imagen que los medios de comunicación y las redes sociales nos imponen.

También sería valioso incluir testimonios de mujeres que han superado dificultades y han encontrado en su vocación y misión un camino de realización personal y

servicio a los demás. Además, se podrían desarrollar espacios de formación sobre la protección de la dignidad femenina, el valor del pudor y el combate a la hipersexualización en la cultura actual.

3. La santidad femenina: un tesoro para la sociedad ecuatoguineana

Queridas madres, hermanas e hijas, en una sociedad en la que con demasiada frecuencia se reduce vuestra dignidad a la apariencia, el rendimiento o el placer inmediato, la Iglesia os recuerda que vuestra identidad no se encuentra en lo efímero, sino en vuestra vocación a la santidad. No os dejéis engañar por los falsos espejismos de una libertad sin límites que, lejos de dignificar, conduce a nuevas formas de esclavitud.

Como enseña el Concilio Vaticano II: *"La verdadera libertad es un signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión, para que pueda adherirse espontáneamente a su Creador y así llegar a la plena y feliz perfección"* (GS 17).

Este llamamiento a la santidad no es abstracto ni genérico; es una invitación concreta para cada mujer, en su realidad específica dentro de la sociedad. En cada estado de vida y en cada vocación, la mujer está llamada a ser testigo del Evangelio con su ser y su obrar.

A la mujer madre

Madre, tú que das vida y acoges con amor a tus hijos, eres la primera educadora de la fe y de los valores que marcarán su futuro. No delegues esta misión en las modas o en la cultura del momento; tu ejemplo y enseñanza son fundamentales para que las nuevas generaciones crezcan con identidad y raíces firmes.

Como nos dice el Papa Francisco: *"Las madres son el antídoto más fuerte contra el individualismo egoísta. Son ellas quienes testimonian la belleza de la vida"* (Audiencia General, 7 de enero de 2015). Cultiva en tus hijos el amor por la verdad y el bien, enséñales que la verdadera libertad no es hacer lo que uno quiere, sino elegir lo que es justo y digno.

A la mujer joven

Joven, en un mundo que te ofrece modelos vacíos de felicidad y donde la "cultura de la imagen" impone sus reglas, no dejes que la moda o las redes sociales definan tu valor. No eres un objeto de exhibición ni una mercancía del consumo digital. Tu

cuerpo y tu alma son templos sagrados, y tu belleza más grande radica en tu pureza y dignidad.

Como nos recuerda la Sagrada Escritura: *“Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, ésa será alabada”* (Prov 31,30). Cultiva tu inteligencia, tu espíritu y tu capacidad de amar. Busca amistades y espacios donde se valore tu ser más allá de lo superficial. No tengas miedo de ser diferente, de nadar contra corriente y de vivir con autenticidad tu fe.

A la mujer trabajadora

Mujer que trabajas dentro y fuera del hogar, tu esfuerzo y dedicación son pilares fundamentales en la sociedad. No permitas que el mundo te reduzca a una simple herramienta de producción o a un número en las estadísticas económicas. Tu trabajo, cuando es vivido con amor y entrega, es una contribución incalculable para el bien común. La Iglesia valora y defiende tu dignidad en el mundo laboral, recordando que la justicia social no solo exige igualdad de oportunidades, sino también el reconocimiento de la riqueza única que la mujer aporta en todos los ámbitos.

Como señaló San Juan Pablo II en la *Carta a las Mujeres*: *“Gracias a ti, mujer que trabajas, porque participas en la creación de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, vida profesional y vida familiar”* (CM 2). Sé testimonio de integridad, de servicio y de justicia en tu ambiente de trabajo. Tu presencia es clave para humanizar la economía y las estructuras laborales.

A la mujer consagrada

Mujer consagrada, tu vida entregada a Dios es un testimonio profético en una sociedad que busca el sentido en lo material. En tu entrega total a Cristo, nos recuerdas que la felicidad no está en poseer, sino en amar sin medida.

Como afirma el Papa Benedicto XVI: *“La virginidad cristiana no es un simple ‘no’ al matrimonio y a la vida familiar, sino un ‘sí’ radical al amor de Cristo y a su Reino”* (*Sacramentum Caritatis*, 81). Tu oración, tu servicio y tu testimonio son un faro de esperanza para la humanidad. Sé un rostro visible de la misericordia de Dios y una guía para quienes buscan respuestas más profundas en la vida.

A la mujer marginada y sufriente

A ti, mujer que sufres la injusticia, la discriminación o la violencia, la Iglesia te abraza con ternura y clama por tu dignidad. No estás sola, tu dolor no es invisible

para Dios. La sociedad necesita despertar y responder con compromiso real ante las situaciones que te oprimen.

Como dijo el Papa Francisco: *"Ninguna forma de violencia contra la mujer puede ser justificada. El cuerpo de la mujer no puede ser considerado territorio de abuso"* (Discurso a la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, 2015).

La comunidad cristiana debe ser un refugio donde encuentres apoyo y justicia. Que este llamamiento a la santidad se traduzca en acciones concretas de solidaridad y protección para cada mujer en situación de vulnerabilidad.

El mundo necesita mujeres santas que, con su vida, demuestren que la verdadera grandeza está en vivir según el Evangelio. Mujeres que, con su testimonio, reflejen la pureza de María, la valentía de las mártires, la sabiduría de las doctoras de la Iglesia y la entrega de tantas madres y misioneras que han iluminado la historia de la Iglesia. Mujeres que, como María, sepan decir "sí" a la voluntad de Dios y transformen su entorno con su testimonio.

La santidad es el mayor acto de revolución ante una sociedad que ha perdido el sentido del amor verdadero. Que este 8 de marzo no sea solo una fecha conmemorativa, sino un compromiso renovado de vivir con autenticidad la vocación femenina.

Que María, modelo de toda mujer, nos enseñe a vivir en la verdadera libertad de las hijas de Dios en ese año jubilar 2025.

¡Mujer ecuatoguineana, levántate y brilla!

Con mi bendición pastoral,

En la Sede Episcopal de Ebibeyin, a 6 de marzo del año del Señor 2025.



✠ P. Miguel Angel NGUEMA BEE
Obispo de la Diócesis de Ebibeyin
Y Administrador apostólico de la Diócesis de Bata